mas, con la España, podian y debian ser uno de los elementos del ascendiente francés en el Mediodía de la Europa; pero la Francia debia anudarlas nacionalmente por medio del parentesco de las dos naciones, de la fraternidad de las dos libertades, de la solidaridad de las dos independencias y de las dos constituciones, y no por medio del parentesco de dos familias. ¿Por qué no lo hicísteis á su tiempo, y cuando la España constitucional, en el último trance tendia sus brazos á la Francia? ¿Acaso han aguardado para abrirse los ojos del gabinete francés, que la jóven reina estuviese móbil, y que su hermana, dotada de tantas esperanzas, llegase á los catorce años? Singular coincidencia, que hace que no se perciba que ecsiste la monarquía española, sino cuando tiene una niña casadera! ¡Estraña política que abandona diez años á la España á sus calamidades, á su desorganizacion, á su diluvio de sangre civil, á su subordinacion á la Inglaterra, á las terribles oscilaciones que alternativamente derriban el trono y la libertad, y que la recuerda derrepente y precisamente el dia en que llega á brillar en falsa lejanía no sé qué eventualidad matrimonial! En este momento preciso despierta la política adormecida del gabinete francés, sus consejeros recobran audacia, y desaparece su prudencia. Sixto V no arroja mas resueltamente sus muletas en el momento en que cree satisfecha su ambicion, que el consejo de ministros lanza hacia atràs la pluma que hace quince años ha firmado tantas condescendencias á la Inglaterra y tantas deferencias á la Europa.

¿Se trata de alguna ventaja verdaderamente francesa? Veamoslo.

La revolucion de Julio tuvo dos sentidos: la libertad y la paz. La libertad, al pueblo que la habia conquistado

tocaba vigilarla y desarrollarla. ¿Lo ha hecho? Esta es cuenta suya. Si la corrompe ó si la pierde, á nadie puede echar la culpa mas que á sí mismo. La paz, á la prudencia y á la habilidad de su gobierno tocaba conservársela y asegurarla bajo las mejores bases posibles, es decir, sobre intereses mútuos, bien entendidos y bien ligados entre las grandes potencias; en un equilibrio europeo en que la Francia tuviese todo su peso natural y en que el honor nacional tuviese toda su esfera y toda su dignidad. Estamos acaso en un error, pero si así es, estamos de buena fé, siempre hemos alabado y alabarémos al gobierno de Julio porque no abrió en 1830, la mano que encerraba la guerra europea y todos sus desastres. Siempre hemos dicho y dirémos: "Si este reinado tiene algun título en el porvenir será el de reinado de la paz." Y en nuestro concepto este título es el mas bello. La sangre brilla en la historia: pero mancha, y ademas la guerra y la libertad se escluyen. El tiempo vuelve la espalda á la guerra y se encamina á la libertad. Hemos aprobado, pues, en general, todos los actos de moderacion y de prudencia de la política de Julio, escepto dos, la desaparicion vergonzosa y ruinosa de la Francia en 1839 y en 1840 de la cuestion de Oriente en que tres ministerios franceses consecutivos abandonaron el Mediterráneo y el Oriente enteros á nuestros rivales insulares y á nuestros rivales continentales, y la no intervencion en España de 1836 á 1839, cuando la contra-revolucion, la anarquía y la dictadura militar aniquilaban bajo nuestra mano, la libertad de una nacion y la nacionalidad de un pueblo que debiamos socorrer por dos razones, por humanidad y por amor á la libertad. La Europa nos desafiaba á que lo hiciéramos; por esto mismo era menester hacerlo. La causa era digna, el derecho

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

evidente, el servicio desinteresado; la Francia sobre las armas habria recobrado la actitud que le falta en Europa, y que no ha tenido ocasion de temer desde 1830, lo que le hace pesada su paz. Notad que para la doble causa, del interés, del derecho y de la dignidad nacional de la Francia el gabinete francés anduvo pequeño: no se atrevió ni à una ni á otra de estas temeridades: abandonó á la España al *sálvese el que pueda!* Tuvo, como se ha dicho, el error de sus cualidades: fué débil á fuerza de ser pacífico, tìmido á fuerza de ser prudente. Rescató la alianza inglesa un poco debilitada en los conflictos sin sentido de 1840, por medio de humillantes condescendencias en Asia y en otras partes. Sintió (lo que es verdad) pero lo sintió demasiado, sintió mas allá de lo justo y de lo honroso, que la paz europea no tenia *en aquel momento* otra base que la cordial inteligencia entre la Francia y la Inglaterra, y que una vez rota esta inteligencia, todo su sistema de paz se volvia humo y torrentes de sangre europea. Pues bien, admirad el contraste, y maravillaos hasta el asombro! Lo que el gabinete francés sintió tan bien, y practicò tan prudentemente, mientras no se trataba mas que del imperio de Oriente, del equilibrio de los mares, de la ecsistencia de una gran nacion independiente en España, del triunfo de la libertad sobre la contra-revolucion en el Mediodía de la Europa, de la seguridad y dignidad de la Francia, lo olvida completa y súbitamente desde el momento en que se trata de una pequeña y falsa eventualidad dinàstica. Se trata de la libertad española, de la independencia del Mediodía, de la seguridad y dignidad de la Francia: concédamoslo todo al gabinete británico. Pero se trata de una boda en Madrid. Eludamos á la Inglaterra, y juguémos, no la paz, sin duda, pero juguémos la *cordial inteligencia*,

y la inteligencia europea por un dote de incertidumbres y de complicaciones. Hé aquí la nacionalidad del gabinete francés en este asunto, hé aquí la política de familia, hé aquí el *nepotismo* de los papas, trasladado del Vaticano á las Tullerías.

El *Siglo* y el *Constitucional* órganos del mismo sistema, llevado à cabo por los ministros de su predileccion, dicen: "Buen negocio urdido poco hábil y poco decororosamente." No somos mas que á medias de su opinion. El negocio ha sido urdido de la manera mas provocativa para los gabinetes europeos. ¡Buen negocio en sí mismo! Lo dudamos, y hé aquí por qué: Sin duda si no consideramos al gefe de la casa reinante en Francia sino bajo el aspecto de padre de familia que trata con la legítima solicitud que esta real paternidad le impone, de aliar bien á sus hijos, de mezclar mas y mas su sangre con sangre real, de colocar à sus hijos en la alta aristocracia de los tronos, de manera que puedan reconstituir un dia, una especie de monarquía universal de familia en una casa de Borbon resucitada de sus ruinas, el negocio es al menos un bello ensueño. Pero tememos que no sea mas que ensueño. La monarquía universal por medio de los casamientos es mas quimérica hoy que la monarquía universal por medio de as conquistas. Si se hablara á la Alemania, à la Italia, à la Flandes, á la España, de una pretension de la casa de Austria de recobrar por medio de matrimonios la monarquía universal de Cárlos V, la Alemania, la Italia la Flandes y la España contestarian con una sonrisa. A tal pensamiento nosotros tenemos la misma respuesta. Pero este pensamiento jamas ha podido entrar en un consejo de hombres de Estado en las Tullerías. El duque de Choiseul firmó el último pacto de familia; preguntad á la Es-

paña y á la Francia cómo se encontraron con él. La España se arruinó en su marina, la Francia en su política. La Polonia no se salvó, la Inglaterra no fué destruida. ¿Es este el laurel que no os deja dormir? Ya no es tiempo de los pactos de familia, es tiempo de los pactos entre los pueblos. La monarquía universal del porvenir pertenece á las ideas y no á las dinastías.

¿Habrá lanzado el gabinete francés á un príncipe de la casa de las Tullerías, con el designio de impedir que alguna otra de las grandes fortunas por medio de uno de sus hijos se aliase con la España? Si tal peligro hubiera ecsistido, nada tendriamos que decir. Pero ¿cuál de las cuatro grandes casas que personifican las cuatro grandes potencias nuestras rivales pudiera pretender la union y la herencia en España? Ninguna: el Austria no tiene príncipes; la Inglaterra es protestante; la Prusia es luterana; la Rusia es griega. No habria habido en España, emporio del catolicismo, quien bendijera y aceptara el matrimonio. No hay, pues, pretendientes posibles fuera de la familia española, en cuyo seno, un doble matrimonio lo terminaria todo, conciliándolo todo, mas que alguno de esos príncipes alemanes, soberanos ó candidatos neutros destinados á ascender á los tronos sin reinar, que no hacen sombra á nadie y á quienes puede aplicarse aquel dístico proverbial que en otro tiempo se aplicaba á la casa de Austria:

"Bella gerant alii; tu, feliz Austria, nube!

"Quæ dat Mazo aliis, dan tibi regna Venus"

ó bien un príncipe de la casa de los Borbones de Nápoles. Este, léjos de ser un peligro, habria sido una seguridad para la Francia. Volver á dar fuerza en Italia á la España, prestar apoyo á la casa de Nàpoles para hacer menos absoluta la dominacion del Austria, y para que la

Francia, llegado, el caso encontrara aliados mas fuertemente establecidos, cuando quisiera emancipar á la Italia todo este pensamiento deberia haber sido comprendido por una diplomacia previsora. Ningun partido de estos que se tomara habria sido para el mundo una declaracion de ambicion de familia, ni una declaracion de guerra diplomática á los grandes gabinetes. En nuestro concepto, esta esclusion de todos los pretendientes amenazadores habria sido preferible para la Francia y para su legítima influencia en España. Hoy, el carácter de las grandes influencias internacionales, y sobre todo el carácter de una grande influencia de la Francia en España, consiste en ser y parecer desinteresada. Defender la causa de la independencia y de la prosperidad española contra todo el mundo y contra uno mismo, defender y protejer la libertad constitucional; emparentar por las ideas, por los servicios gratuitos, por la conformidad de intereses marítimos por un patrocinio armado si es menester, enlazar á los dos pueblos y no á los dos tronos; hé aquí la gran política, la verdadera diplomacia, la bendicion nupcial de una revolucion comun y de una libertad indivisible.

Entramos en otra via enteramente distinta, que solo Dios sabe á dónde llevará al pais y á la dinastía. No tenemos la menor pretesion al triste don de profesía, nos limitamos á sus conjeturas

Y suponed ahora que la Inglaterra, habituada hace quince años á tanta obsequiosidad de parte de nuestros ministros en materias mucho mas importantes, se sienta profundamente humillada de un golpe de mano diplomático, que entre nos, la entrega un poco cruelmente á la risa de la galeria de los diplomáticos europeos; suponed que la acritud de sus resentimientos cunda en sus sordas negociaciones y se prepare venganzas en España y en otra

parte; suponed que haga escapar á un hijo de D. Cárlos y le facilite un empréstito en Lóndres para ir á asalariar una quinta guerra civil en la península; suponed que deje volver á Espartero como Coriolano en medio de su soldadesca amotinada; suponed que el gobierno de la reina atente todavia con mas audacia á la constitucion y á la revolucion en España, y se declare de nombre lo que es ya de hecho, gobierno contra-revolucionario; suponen que este gobierno caiga y huya por tercera vez y os pida en nombre de vuestro matrimonio, de vuestra intimidad de familia, de vuestro honor y de vuestra pretension al trono, que vayais á restaurarlo á Madrid, suponed que la Austria y la Rusia sostengan á D. Cárlos, suponed que la Inglaterra sostenga á los ecsaltados, suponed que la nacion aborrezca á la reina y á los que la rodean, suponed que la Europa os desafia á intervenir en semejante caos y haga de tal intervencion un *casus belli* ¿qué haréis? ¿No ir? Seréis cobardes y quedaréis deshonrados. ¿Ir? Iréis en nombre y con las armas de la Francia, libre y revolucicionaria, a restaurar en España el poder absoluto, el gobierno cortesano y sacerdotal, y la contra-revolucion. ¿Triunfais? Vuestro triunfo sera un contrasentido á vuestra naturaleza y á vuestros principios, y os convertirá en sostenedores del antiguo régimen y en alguaciles del monarquismo español. ¿Sucumbis? Habeis derramado el oro y la sangre de la nacion francesa por sostener las consecuencias de una union de puro interes privado. La familia que ocupa el trono habrá arrastrado à la nacion sin que ella lo sepa y à pesar suyo, á su causa, à su humillacion y à su desastre. Esto es precisamente lo que tememos en el asunto: una guerra de familia impuesta à una nacion por un casamiento de conveniencia privada; una guerra de sucesion sin el beneficio posible de la sucesion, un dote de desconfianzas y de zelos europeos; el pais sacrificado en su paz y en sus alianzas, presentes á un sueño póstumo de 1713, el ascendiente de la casa de Borbon envejecida sustituyéndose imaginariamente a lascendiente permanente de la Francia imperecedera, y rejuvenecida aún por su revolucion. Y si ecsaminárамos los otros puntos de la política europea en Europa y en Asia, cuántas otras complicaciones no descubririamos, en que la mano oculta de la Inglaterra podrá envenenar el espíritu de los gabinetes contra el ambicioso *nepotismo* del gabinete frances, y cambiar en amarguras, en conflictos y en sangre las felicitaciones de las Tullerías! Royer Collard, de sábia memoria decia hace veinte años: "Desborda la democracia." No se necesita ser tan sábio como él para esclamar hoy al considerar lo que pasa dentro, fuera, en los consejos, en las cámaras en los gabinetes, en la diplamacia de la Francia: "Nos ar-
" rastra el espíritu de dinastia! la nacion abdica, se com-
" promete y se pierde su libertad y su política, en un in-
" teres mal entendido, y en una estrecha y falsa política
" de familia!"

¿Qué concluimos de aquí? ¿Qué la nacion y la dinastía son radicalmente incompatibles? ¿qué es menester separarlas violentamente á la una de la otra, si no se quiere que la una acabe de absorver á la otra, ó que ámbas perezcan ahogadas al estrecharse en un abrazo mortal? No! conecemos las dificultades estremas, no declaramos las imposibilidades siniestras de la consistencia de la monarquía hereditaria, con la nacionalidad soberana y con la política nacional de la Francia. Pero si esta coecsistencia que ha querido intentar una vez mas la revolucion de Ju-

lio, es posible, en efecto, como nos complacemos en esperarlo para el reposo de los pueblos, no es ya posible sino bajo una sola condicion; que el espíritu de familia y de dinastía se borre y desaparezca completamente ante el espíritu y ante el interés nacional coronados por la revolucion, ó que el espíritu y el interés nacional se borren, desaparezcan y se subalternen ante los pensamientos y ante las ambiciones de familia. Solo así habrá paz. En este asunto como en todos los asuntos de la Francia ¿por quién estais? ¿y cual de los dos intereses queréis que se sacrifique? ¿El de la Francia? Congratulaos con el gabinete de las Tullerías: ha casado à un hijo del rey! ¿El de la dinastía? Afligios y alarmaos con nosotros: el gabinete de las Tullerías ha debilitado las alianzas de la revolucion, ha comprometido á la Francia, ha aventurado la paz, ha sembrado rivalidades, ha preparado la guerra civil en España, ha amontonado nubes en el continente, ha oscurecido el porvenir, ha sacado la espada diplomàtica, no por una causa sino por un dote de dificultades.

Este dote pesará tanto sobre el gabinete de las Tullerías cuanto sobre el pais, y para nosotros este negocio se caracteriza en dos palabras: Una temeridad desgraciada y un aturdimiento burlado.

SOBRE EL PROYECTO DE CONSTITUCION.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA ASAMBLEA NACIONAL EL 6 DE SEPTIEMBRE DE 1848.

SEÑORES:

Cualquiera que fuese mi justa repugnancia á volver à subir tan pronto á esta tribuna, no he podido oir ayer y hoy, no diré los ataques, (interpreto demasiado bien las intenciones de mis honorables adversarios para dar este carácter á sus palabras,) no he podido oir las falsas apreciaciones, las atenuaciones, los achicamientos del espíritu, de las intenciones, de los derechos de la revolucion de Febrero y de la Asamblea Nacional que de ella se derivó, sin pedir permiso á la asamblea para venir como debo, con mas títulos acaso que muchos de entre sus miembros, á confesar aquí altamente esta revolucion en su derecho, en su principio, en sus consecuencias, y á decir como el soldado de Virgilio: *"Me, me, adsum qui feci...."* Añado,